

La Enfermera de Golondrinas

Yo siempre fui enfermera. No me refiero a que fuera mi sueño de infancia, ni a que me haya preparado formalmente, pero llevo toda la vida cuidando a los que amo. Mis padres y yo jamás recibíamos visitas. Fue una decisión tomada entre los tres al descubrir que yo sentía en mi propio cuerpo todos los dolores de aquellos que pasaban el umbral de la puerta. Sentía las punzadas palpitantes del tumor en expansión de mi padre. Sentía todo lo de todos como si fuera mío, y por eso cerramos las puertas.

Fue por entonces que comprendí que, aunque no quería estudiar medicina ni mucho menos, cuidar a los que amo es mi vocación. Para quien no tenga, como yo, ese don, es posible que la historia que me propongo revelar jamás llegue a tener sentido.

Poco tiempo después de la muerte de mi padre, Golondrina apareció. Llegó trastabillando con los últimos destellos del atardecer. Trepó (no sé cómo) hasta el alféizar de mi ventana arrastrando su ala rota y sus otras heridas de menor envergadura. Llevaba allí varias horas para cuando me percaté de su presencia. Temblaba de frío. Al verla por primera vez se me antojó a la vez frágil y hermosa, a pesar de estar terriblemente malherida. Me apresuré hacia la ventana, pero lo pensé dos veces. Golondrina se veía realmente dolorosa. Me quedé mirándola por un buen rato porque intuía lo que se avecinaba, así que traté de desechar la idea. Cuando me di cuenta ya era demasiado tarde: me habían atrapado sus ojos profundos. Traté de apartar la mirada, aunque hoy entiendo que todos mis esfuerzos de resistencia fueron en vano. Hoy entiendo que a Golondrina la he amado desde el momento en que la vi por primera vez. Abrí la ventana para envolverla en una toalla y al rozarle el ala sentí la punzada de dolor en mi propio brazo. Retrocedí sobresaltada porque el dolor resultó ser más intenso de lo que había

esperado, pero tras unas respiraciones profundas me convencí de intentarlo de nuevo, esta vez con mayor firmeza. Una vez la sostuve en mis brazos me percaté de lo ligera que era. Me miró agradecida y sentí que había tomado la decisión correcta. Así fue como me propuse acoger a Golondrina y cuidarla por cuanto tiempo fuera necesario para que retomara el vuelo.

Golondrina nunca fue de muchas palabras y yo nunca la cuestioné. Me limité a cuidarla sin explicaciones. En ese momento no sabía cómo obtuvo sus heridas, ni me interesaba en lo más mínimo averiguarlo. Me contentaba con disfrutar de su compañía, que además resultaba especialmente placentera porque ella era muy buena escuchando. No diré que no esperaba nada a cambio de mis cuidados porque eso sería una mentira, pero sí esperaba muy poco. Dejarla entrar por esa ventana había traído luz a la casa después de años de monotonía. El aire corría de nuevo. La alimenté, la vendé, la arropé... No sólo era un placer porque fuera novedoso tener a alguien nuevo en la casa, sino también por cómo era Golondrina en particular. Era un ser pacífico. Tenía una serenidad de magnitud tal que llenaba todos los espacios. No era exigente ni juzgaba. Era paciente y agradecida. Golondrina rara vez cantaba, pero cuando lo hacía sacudía mar y tierra. Al principio no me cansaba de cuidarla porque me sentía afortunada de poder admirar la belleza que reposaba en su interior. Quería estar junto a ella en todo momento para no perderme las escasas ocasiones en que algún destello de esa belleza represada se escapaba por las grietas, y entonces entonaba su canto estremecedor y la dejaba salir.

Cuanto más se repuso Golondrina, más frecuente se tornó su canto y más me esforcé yo por curarla. Alegraba mis días con las sedosas plumas de sus alitas extendidas que comenzaba a mover nuevamente, poco a poco. Parecía hacerse más bella mientras más cicatrizaban sus

heridas. En las noches, cuando la escuchaban cantar, las estrellas parecían desplomarse desmayadas desde el azabache nocturno en un fantástico espectáculo fatal. Yo sentía que moría junto a ellas a veces. Aunque no me alejé de su lado ni un instante desde que se posó en mi vida hasta que partió, en retrospectiva noto que Golondrina nunca me miró. Me veía, claro. Evidentemente se sentía agradecida y a gusto, pero nunca me miró realmente, aunque me viera. Sin importar cuánto me esforzara, Golondrina nunca se fijó en mí.

Mi creciente obsesión por hacerla feliz se convertiría en mi mayor desdicha. Por ese entonces me di cuenta de que el momento de darle el alta ya acechaba en el horizonte del tiempo. Cada día se veía más vivaz y más ávida de engalanar de nuevo el cielo con sus alas. Yo sentía miedo. Era la primera vez que una parte de mí deseaba que no se curara. Es decir, la quería con todo mi ser, quería lo mejor para ella. Pero sabía que Golondrina, aunque apreciaba mis cuidados, querría regresar al mundo en cuanto tuviera la oportunidad. Pero yo no quería devolvérsela al mundo. Quería que permaneciera conmigo, volando siempre cerca donde yo pudiera verla. Quería que fuera mía. Mi dulce Golondrina que bajó de los cielos a dejarme lágrimas azucaradas en la ventana.

Yo estaba dispuesta a consagrar mi vida a cuidarla humildemente desde el suelo polvoriento. Si ella tan sólo me hubiera visto... Antes de conocernos ella volaba lejos, lejísimos, y ahora la tenía tan cerca de mí... Temía que cuando se curara y me mirara, ya no como su protectora sino en igualdad de condiciones, notara en mí las fallas y ya no quisiera nunca posarse en mis manos. Temía no tener bien plantados los pies en la tierra cuando Golondrina alzara vuelo de nuevo para

dejarme, porque sus plumas se hacían más brillantes y amenazaban con arrojar-me lejos en su torbellino de azules. En mi mente le preguntaba: "Dime, Golondrina. ¿Dónde podré hallarte cuando te vayas? ¿Acaso ya no me regalarás tu canto?" Pero nunca formulé aquellas preguntas tontas porque ya sabía la respuesta.

Aún así mi amor creciente por ella le ganó la batalla a mi ego, y verla mejor me llenaba de dicha. Sabía que Golondrina sería plena cuando pudiera volar libre, así que seguí haciendo lo que podía para ayudarla. Quise gritarle: "Yo curaré tus alas mientras sea necesario, pero no dudes en partir en cuanto encuentres la fuerza. No tengas remordimiento alguno. Mi regalo de despedida será uno de mis ojos, para que sirva por primera vez un propósito noble: Seguirte adonde vayas. No para que te cohíbas, Golondrina, eso jamás. Sino para asegurarme de que estás bien, que gozas de salud y de mil amores, tal y como los hayas imaginado. Para acudir a ti y pintar de colores brillantes las paredes de esa amplia habitación luminosa que sé que será tu vida, si alguna vez se les ocurriese descascararse o volverse opacas."

Pero jamás se lo dije, claro. Aunque hubiera querido despejar para ella el camino y bordar los paisajes de su vida con lirios y lavanda para que viera sólo lo hermoso que hay en el mundo porque la amaba. Eso tampoco se lo dije nunca.

El primer día que estuvo lista para volar la ayudé a posarse de nuevo en el borde del alféizar como el primer día que la vi. Pensé que ese era el final. La vi dejar atrás mi ventana y girar sobre nuestro patio. La vi partir rumbo al sol haciendo volteretas y pensé que ya estaba bien, estaba completamente sana. Y entonces la vi caer en picada.

Fue una maniobra rápida y efectiva. Cuando se encontraba en lo más alto de su vuelo dio un giro súbito, apuntando la cabeza hacia el pavimento de la entrada de mi casa, y retrajo sus dos alas hacia el

cuerpo, alargándose como un dardo, y entonces comenzó a girar en torno a sí misma como lo hacen los planetas, cada vez más rápido, cada vez más cerca del suelo, peligrosamente cerca y sin detenerse y sin mirar, es más, yo la vi cerrar los ojos preparándose para el impacto, y cerré los míos justo cuando se estrellaba. No habría tenido tiempo de detenerla aunque hubiera querido. Pero es que mientras la veía arrojarle contra la tierra tuve una epifanía. Golondrina nunca me explicó quién le rompió el ala porque nadie se la rompió. Como nadie le rompió el pico esa tarde. Golondrina lo hizo. Por primera vez me alegró que no estuviera dentro de la casa.

Los días siguientes fueron los más tristes, que yo recuerde. No podía dejarla desamparada porque mi naturaleza no me lo permitía. Pero no quería sentir más su dolor. Cuando se hacía daño también me lastimaba a mí. Así que al principio me quedé mirándola, desplumada en el suelo, sabiendo que en algún punto tendría que traerla adentro para curarla y sabiendo también que esta vez dolería más que la anterior. Lo sabía sólo con mirar lo destruida que había quedado. Esta vez no sentí pena, no sentí compasión. Sentí el llamado del deber y sentí todo el amor que le tuve mancharse de un odio oscuro y espeso como melaza que lo cubrió todo. Hasta que no quedaba rastro del amor.

No podía entenderlo. No podía entender cómo ella no veía en sí misma todo lo que yo había visto. Sentía odio porque no era capaz de cuidarse como yo la había cuidado, porque no le importaba. Sentía que había perdido el tiempo, que me había enamorado de una Golondrina distinta a la que tenía frente a mí. Sentía que Golondrina era una palabra prohibida, un insulto, casi. Sentía que si ella había sido tan egoísta yo debía hacer lo mismo. Pero no pude. No pude abandonarla. Después de

unos minutos, regresamos al principio. Golondrina se arrastraba con dificultad frente a mí, pero yo no veía una golondrina sino un corazón roto, hecho pedazos, pedazos que yo recogí entre mis manos para llevarlos adentro. Pedazos que se me clavaban en las palmas y me abrían cortadas punzantes, angostas y profundas. Pedazos que yo volví a juntar a regañadientes, sin pensar en nada más que en lo mucho que deseaba conocer el final de esta tortura. Esta vez el período de recuperación se sintió vacío e interminable. No se oyeron cantos ni hubo alegría ninguna. De tanto en tanto me pareció escuchar un murmullo, algo entre ruego y disculpa, pero nunca estuve segura. No eran ruidos inteligibles. Ansiaba poder librarme del dolor, así que tuve cuidado con mi labor, pero sin ofrecer más de lo estrictamente necesario y sin dirigirle nunca la palabra.

Cuando dejó de dolerme supe que estaba lista. Llena de amargura, con la absoluta certeza de que ella nunca cambiaría, la desperté una madrugada lluviosa. Sin decirle nada supo que debía seguirme. Caminamos sin hablar y sin paraguas. La llovizna no era fuerte como para merecer uno, pero sí lo suficiente como para causarme una profunda molestia. Hastiada, le hablé con franqueza por primera y única vez: "No tienes remedio, Golondrina. No quiero verte más." La llevé hasta la estación del tren. El llamado de mi casa ya comenzaba a hacerse sentir, así que la despedida fue rápida. No la toqué, simplemente le hice un gesto vago con la cabeza y ella se volteó. Comenzaba a alejarse hacia la plataforma cuando me miró de nuevo y dijo alguna cosa, pero entonces pasó un tren y no pude escucharla. Tampoco quise admitir que no la había escuchado. Yo me alejé y después de un par de pasos también me volteé para mirarla por última vez. Se veía tan perdida parada sobre la plataforma, como una partícula suelta flotando en el espacio. Nunca más supe de ella. Saber que tomé

la decisión correcta no lo hizo menos doloroso. Para cuando me alejé de la estación las gotas se habían hecho grandes y tuve que caminar a casa bajo la lluvia incesante. Las gotas de lluvia me lavaron la cara, arrastrando lágrimas azucaradas.